

La no-crisis

EL PODER IMPASIBLE

EN la etapa anterior de este Régimen —ni las doctrinas ni los hechos autorizan a suponer que se ha cambiado realmente de régimen—, el poder repugnaba y rechazaba la expresión "crisis". Y el hecho mismo. Probablemente, el número de Gobiernos y el total de ministros de España entre 1939 y 1976 es el menor de toda Europa, y probablemente del mundo, con excepción de otros regímenes con estructura de poder parecida, aunque con finalidades y doctrinas distintas: los países comunistas. En los casos de estas variaciones gubernamentales se hablaba frecuentemente de "relevo". Con preferencia, "relevo de mandos", porque el ejercicio ministerial era —es—, más que una autoridad delegada de la comunidad, un mando sobre ella. Efectivamente, la palabra "crisis gubernamental" no correspondía a la realidad del Régimen, porque el mando supremo e indiscutible seguía siendo el mismo. El reconocimiento de una existencia de "crisis" entrañaba la suposición admitida de que algo se había quebrado o roto: era inadmisibles. Solía decirse que cuando más fuertes eran los rumores de crisis, o más razones podía encontrar el simple hombre de la calle para la sustitución de un ministro o de un Gobierno, más seguro estaba el poder solitario de mantenerle. Probablemente esta suposición no pasaba de ser un juego coloquial.

PERO no deja de ser muy interesante que en esta segunda etapa del mismo Régimen se haya producido esta misma coincidencia: los fuertes rumores de crisis, los comentarios abundantes acerca de la imposibilidad del Gobierno de salir de su propio embrollo, de resolver los problemas nacionales que él mismo ha planteado, han terminado con un refrendo del Gobierno. A la salida de un Consejo de Ministros que se había profetizado como el último de este Gobierno, al menos para algunos ministros, el de Información, señor Martín Gámero, ha pronunciado estas palabras: "Hemos seguido trabajando todos los ministros exactamente igual, pese a lo que leíamos y oíamos. Y tengo la impresión de que todos mis compañeros de Gobierno se encontraban en el mismo estado de espíritu y con exceso de trabajo, por otra parte, inevitable. La vida ha sido absolutamente normal. No ha habido ningún atisbo de lo que por ahí se decía". El viejo rito se había cumplido. No pasaba nada, nunca puede pasar nada. "La vida sigue absolutamente normal". El poder mantiene su línea de impasibilidad. Por la noche del mismo día, el Rey recibía en audiencia al presidente del Gobierno, le invitaba a cenar en familia y mantenía con él una conversación de sobremesa. Con razón o sin ella, se ha interpretado esta cena —y, más que ella, la publicidad que se le ha dado— como una confirmación de que no hay ni puede haber crisis, de que la confianza en el actual Gobierno no ha cambiado. No, no ha pasado nada. No puede pasar nada: no está en las normas. "La vida ha sido absolutamente normal". En los días inmediatamente anteriores al Consejo de la no crisis, los comentaristas políticos consideraban con unanimidad —sin duda por la unanimi-

dad de su fuente, de buenas aguas— que "lo peor había pasado" y la "crisis" se había disuelto en el aire. Según ellos, y sus razones tendrían, los problemas se habían resuelto en una decisión —¿de quién?— de acelerar las "reformas", de ganar el retraso habido en los meses anteriores. Como si fuese recuperable. El Consejo en sí no ha dado muestras de que tenga verdadera prisa en reformar. Algunos han querido ver en los nuevos nombramientos militares una "línea" política en favor de la reforma: suposición sin ninguna autoridad ni ninguna posibilidad de confirmación, porque el Ejército, como repetidamente dicen sus representantes más característicos, es apolítico. Sólo le preocupa la subversión, como se ha puesto de manifiesto en el ciclo de conferencias del CESEDEN en el seminario de "Defensa de la comunidad", en el que han participado militares y civiles, y en cuya última sesión se ha repartido el autógrafo del llamado testamento de Franco. Sin duda, los nuevos nombres de los tenientes generales nombrados para distintos cargos en el Consejo de Ministros no tienen puntos de vista ni más ni menos diferentes de los anteriores en lo que se refiere a este tema: la subversión.

A menos que se considere como una aceleración al reformismo el Decreto-Ley enviado a las Cortes para reforma del artículo del Código Penal, que podría ser incompatible con la nueva Ley de Asociaciones enviada, también con anterioridad, a las Cortes. El proyecto es una enumeración de lo que sigue estando no permitido: las asociaciones "contrarias a la moral o buenas costumbres", las que tengan por objeto "cometer algún delito" y aquellas cuyo fin es "la subversión violenta, la destrucción del orden jurídico o la implantación de un régimen totalitario", y también las que pretendieran "atentar por cualquier medio a la unidad, soberanía, independencia o seguridad de la Patria". Más las que traten de discriminar a los ciudadanos por razones de raza, religión, sexo o situación económica. El equilibrio con el proyecto de Ley de Asociaciones es claro. Es otra reforma indudablemente tímida. Y no añade la claridad de que el Gobierno presume. Es indudable que ninguna asociación va a pretender directamente ninguno de los fines penalizados. No se llevan. A no ser en asociaciones de extrema derecha, que ya existen, en cuyos programas hay evidentes contradicciones con los fines democráticos que se buscan: incluso se repudian claramente, y sobre todo algunos de sus extremos, como los de sufragio universal y Parlamento soberano. Cuesta trabajo suponer que vayan a ser declaradas fuera de la ley. Y menos que puedan ser consideradas subversivas.

POR otra parte, no han cesado ciertas manifestaciones oficiales de represión de diversos actos, libros o periódicos. Un par de revistas políticas han tenido que reformar sus páginas esta semana para evitar el secuestro. Un libro ha

tenido que cambiar su prólogo y su portada. Algunos ciudadanos más han entrado en la cárcel. Varias manifestaciones han sido disgregadas por medio de la Fuerza Pública. Se han impartido multas. En el mundo laboral, las huelgas siguen demostrando que hay una diferencia notable entre las aspiraciones de los trabajadores y la permanencia de la actual organización social, entre sus salarios y la economía capitalista del Gobierno. La oposición sigue sin encontrarse incluida en un "juego limpio" que se le ha prometido desde el principio del nuevo Gobierno. Es cierto que ha salido prácticamente de la clandestinidad, pero es cierto también que está continuamente amenazada de subversiva, atacada con fuerza. Y no institucionalizada. Su vida es precaria y difícil. No puede tener contacto con la base: los embriones de partidos políticos tienen que actuar en niveles de dirigentes, sin poder exponer por vías legales su programa al pueblo, sin recibir de sus afiliados la crítica, la inspiración, la voluntad. Una oposición en un país democrático es una institución. Aquí aparece, torpemente, como la sombra de unos revolucionarios.

• • •

LO de menos es la crisis, lo de más es el caos", se escribe en el diario "Ya" (que ha hecho una reciente e importante campaña editorial en torno al vidrioso tema de la "subversión", sin embargo). "¿Culpables? Todos —como decía Fraga a propósito de los sucesos de Vitoria—, pero (es cosa mía) sobre todo el Gobierno. El Gobierno, que se empecina en seguir cometiendo los mismos errores, que permite a algunos de sus miembros defender —a lo numantino— decisiones desgraciadas y que consiente, por ejemplo, que vaya a las Cortes un proyecto de Ley que hasta las mismas Cortes rechazan. El caos existe y hay que remediarlo" (Luis Blanco Vila, "Ya" del 18-III-76). Y un editorial del mismo periódico (19-III-76) dice: "La imagen que el país tiene del Gobierno es de un equipo dividido y un presidente colocado en una penumbra que es incompatible con las circunstancias actuales". Pero ya se sabe la opinión del Gobierno: "La vida ha sido absolutamente normal".

• • •

ESTE Gobierno acaba de perder una segunda ocasión: la de dimitir. La primera fue la de realizar efectivamente las reformas que se esperaban, en una rápida cadena de Decretos-Leyes que respondiesen a la realidad de la demanda del país. No se ve por qué va a "acelerar" o "reforzar" ahora, cuando el tiempo le ha devorado, un programa de reformas que no hizo cuando tenía todas las bazas en su mano. Tampoco se ve la aceleración. La ocasión de dimitir hubiese probado que, efectivamente, era sensible a una pérdida de confianza, y hubiese podido rehacer un Gabinete con otra combinación más adecuada para la urgencia de lo que se necesita. ¿Qué Gabinete? Ahí es donde reside una de las defensas de estos gobernantes: la de esgrimir que o son ellos quienes hacen las

reformas, o no las hará nadie. Que son, no la primera oportunidad, como parecía, sino la última. La Historia nos ha acostumbrado a este tipo de defensas, como la utilizaba tan frecuentemente De Gaulle: "O yo o el caos". Se demostró que el caos se producía con él —mayo del 68— y no se ha producido cuando desapareció. Tenemos la absurda sensación, siempre, de creernos indispensables. La actual composición del Gabinete no parece desde fuera estar formada por hombres indispensables. Hay algunos de gran valor político y de buena capacidad gobernante —es una suposición: ninguno de ellos ha participado en un Gobierno democrático, ninguno ha tenido nunca una responsabilidad entera y directa—; hay otros que nunca han permitido tener de ellos un buen concepto político. El conjunto no ha dado resultado. La idea expresada por muchos de sus afines o defensores de que un Gobierno más liberal no hubiese sido admitido por la derecha —por la derecha de esta derecha— no es tranquilizadora: porque indica que no hay soluciones. La derecha, probablemente, no dejaría ir muy allá a otro Gobierno. Tampoco le está dejando a éste. Que, además, por vocación y formación, es la derecha.

• • •

AQUI nadie quiere el caos, aquí nadie quiere la revolución. Nadie quiere que este país llegue a convertirse en la Argentina, nadie quiere que se convierta en Chile, nadie quiere que se convierta en la España misma de la guerra civil. Las amenazas en ese sentido están procediendo de la extrema derecha. Y los actos. Ni éstos, ni los que pudieran partir o parten de otros sectores, constituyen todavía un panorama alarmante para el orden público, si se considera comparativamente a lo que está sucediendo en otros países. Pero pueden llegar a ocurrir. La más rápida defensa de la comunidad es la creación de un sistema abierto, de un sistema por el cual la repartición de la opinión nacional encuentre sus cauces —sin asustarse de la abundancia de partidos, de la pluralidad—, y que esos caminos conduzcan al Gobierno. En el proyecto de Ley se dice que las asociaciones podrán "influir sobre las medidas de gobierno a través de la crítica, apoyo, censura o propuesta de otras alternativas": hay que llegar bastante más allá y decidir que las asociaciones —o partidos, o como se les quiera llamar— pueden llegar a ser el Gobierno mismo, y pueden llegar a constituir una Cámara ante la cual el Gobierno sea directamente responsable, que sea aceptado o rechazado por ellas, que tenga que dimitir cuando esté en minoría. Otra cosa es una dictadura. Los términos medios no parecen ahora posibles.

• • •

HA estallado la no-crisis. "La vida sigue siendo normal". Por lo tanto, se ha perdido una segunda oportunidad. El tiempo se sigue echando encima y los acontecimientos se disparan. ■